

# Juvenes Translatores

PDF generated for translation No.: 1870 from student id: 8629

## TRANSLATION

Einigkeit macht stark

Von heute auf morgen veränderte sich das Leben. Eine für das menschliche Auge unsichtbare Bedrohung schwebte über uns allen; die Welt kam zum Erliegen und mit ihr, fest eingeschlossen, die Bevölkerung. Er war in aller Munde, dieser Feind, der heimlich unsere Gesellschaften von Grund auf erschüttert hatte: COVID-19.

Ich hätte es für die Handlung eines Horror-Films gehalten, wenn nicht der Präsident vor die Medien getreten wäre um den Ausnahmezustand auszurufen. "Das ist unmöglich!", dachte ich. Doch dann kam die Nachricht vom Lockdown wie ein Schlag ins Gesicht, in Spanien, im Rest der europäischen Union, praktisch in jedem Winkel der Welt. "Okay, das passiert gerade wirklich".

Es vergingen zwei, drei verworrene Tage. Verloren in meinen Gedanken, wütend, traurig, hielt ich es nicht mehr aus; deshalb entschied ich mich dazu, meine Gitarre zu entstauben und mich auf den Balkon zu setzen, um ein paar Lieder zu spielen.

Schüchtern erklangen die ersten Akkorde. Nach und nach kam das Leben in meine Finger zurück und die Saiten vibrierten im Rhythmus von Girasoles von Rozalén, während jemand von einem benachbarten Balkon "...so singe ich für die, die nach Zusammenhalt, für die bescheidenen, die nach Frieden suchen, für die sensiblen Wesen, die sich um andere kümmern und zu lieben wissen...", sang. Später, eine andere Stimme, und noch eine, ein Schlagzeug, und Stück für Stück verwandelten sich die Balkone der Umgebung in die improvisierte Bühne eines Nachbarschaftskonzerts. "Noch eins, noch eins!", "Nur nicht aufhören!".

Ping! Eine Whatsapp von meiner Freundin Selena, ich hatte sie vor einigen Jahren in Italien kennengelernt, während meines Erasmus-Austauschs. Sie schickte mir ein Video: Auch in ihrem Viertel kämpften sie mit Musik. Warte, gab es da nicht auch noch Klaus, den Deutschen, der Saxophon spielte? Und Lis, die Geige spielte? Natürlich!

Am nächsten Tag wiederholten wir das Erlebnis, diesmal unisono, per Videokonferenz aus den verschiedensten Ecken Europas. Ich stellte ein paar Lautsprecher auf, die anderen taten das gleiche, mit jedem Mal kamen mehr Nachbarn dazu, Leute aus meinem Stadtteil die ich nicht einmal kannte, Nachbarn von Selena, von Klaus, von Lis. Manche sangen, andere spielten ein Instrument, wieder andere begleiteten uns klatschend und tanzend; in diesen Momenten wussten wir, dass wir alle im gleichen Boot saßen, mit dem gleichen Ziel: eines Tages unsere Normalität zurückzuerobern. Deshalb vereinten wir unsere Verzweiflung, unsere Hoffnung, unsere Angst, unsere Kraft, bis wir am Ende in einem enormen Applaus miteinander verschmolzen, Pfiffe, Lachen, die uns das Gefühl zurückgaben, Teil einer Gesellschaft zu sein, die für den Fortschritt kämpft, vereint, trotz aller Gegensätze.

# Juvenes Tradutores

PDF generated for translation No.: 1870 from student id: 8629

## SOURCE TEXT

La unión hace la fuerza

De la noche a la mañana, la vida cambió. Una amenaza invisible al ojo humano se cernía sobre todos nosotros; el mundo estaba paralizado, y la población, encerrada a cal y canto. En boca de todos, ese enemigo que sigilosamente había sacudido nuestras sociedades desde los cimientos: la COVID-19.

Me lo hubiera tomado como el argumento de una película de terror de no haber visto al presidente comparecer ante los medios para decretar el estado de alarma. «¡Será de coña!», pensé. Entonces, como un jarro de agua fría, cayó la noticia del confinamiento generalizado, en España, en el resto de la Unión Europea, en prácticamente cada rincón del mundo. «Vale, está pasando de verdad».

Pasaron dos, tres días confusos. Perdido en mis pensamientos, furioso, triste, estaba que me subía por las paredes; así que decidí desempolvar mi guitarra y sentarme en el balcón a tocar unas canciones.

Tímidamente brotaron los primeros acordes. Poco a poco mis dedos volvieron a la vida, y las cuerdas vibraban al ritmo de Girasoles, de Rozalén, mientras, desde un balcón vecino, alguien cantaba «...así que le canto a los coherentes, a los humildes que buscan la paz, a los seres sensibles que cuidan de otros seres y saben amar...». Luego, otra voz, y otra, una caja de percusión, y los balcones de la plaza se convirtieron en improvisados escenarios de un concierto vecinal. «¡Otra, otra!», «¡Que no decaiga!».

¡Clin! Un wasap de mi amiga Selena, a la que había conocido un par de años antes en Italia, durante mi Erasmus. Me mandaba un vídeo: también en su barrio luchaban con música. Espera, ¿no estaba también Klaus, el alemán, que tocaba el saxofón? ¿Y Lis, que tocaba el violín? ¡Claro!

Al día siguiente, repetimos la experiencia, esta vez al unísono, por videoconferencia, desde distintos puntos de Europa. Conecté unos altavoces, ellos hicieron lo propio, cada vez se sumaban más vecinos, gente de mi barrio a la que ni siquiera conocía, vecinos de Selena, de Klaus, de Lis. Unos cantaban, algunos tocaban un instrumento, otros acompañaban con palmas y bailaban; en esos momentos, todos sabíamos que remábamos en un mismo barco con un mismo rumbo: el de recuperar un día nuestra normalidad. Así que unimos nuestra desesperanza, nuestra ilusión, nuestro temor, nuestra fuerza, hasta acabar fundiéndonos en un apoteósico aplauso final, silbidos, risas, que nos devolvieron la sensación de ser parte de una sociedad que lucharía por salir adelante, unidos, a pesar de las adversidades.